

Hugo Lazo Jarpa

Stefan Zweig y Benjamín Jarnés



ERAN muchos, sin duda, los escritores que analicen la formidable labor literaria y la brillante personalidad de Stefan Zweig. Fuera del encomiable y magnífico trabajo que sobre la muerte de aquel escritor publicara Leopoldo Stern, ese desfile lo ha iniciado un novelista español de renombre: Benjamín Jarnés con su obra «Stefan Zweig, Cumbre Apagada». Este biógrafo del retratista por excelencia, posee una vastísima cultura y una increíble agudeza para la crítica, que no supera, sin embargo, las incomparables dotes del escritor austríaco. Desde luego, su libro adolece de un defecto, aunque también es una ventaja... para el autor. La obra está enteramente dialogada. Intervienen en ella tres sujetos: el autor y dos personajes más. La lectura resulta, en consecuencia más liviana, pues se evitan «rellenos» inútiles. Para el escritor por otra parte, este sistema es un excelente subterfugio. Parapetado tras un personaje, creación propia, podrá decir impunemente cosas odiosas o agradables, sin que se pueda saber si su idea verdadera, su pensamiento sincero está en boca del que rebate o aprueba, del que condena o defiende. Pero, sería absurdo pensar que la balanza de sus afirmaciones no se inclinará hacia algún lado. Y es así como se descubre el ardid, es decir, el subterfugio. En «Cumbre Apagada» las palabras de Benjamín Jarnés, o sea — insistimos — las de los dos personajes ficticios y las del autor, condenan por desgracia,

abiertamente la obra de Zweig. Si ellas fueran justas callaríamos; pero sus críticas son injustas e hirientes. Su magnífica inteligencia no le da derecho al autor para expresarse a través de todo el libro, en forma irónica del gran biógrafo, llegando en ciertos momentos hasta satirizarlo. Un hombre hábil que ha dado al mundo todo lo mejor de su intelecto, que ha sufrido incontables torturas del espíritu, que ha sido expulsado de su país natal, no merece ser tratado así. «Viví perseguido—dice Zweig—sin patria, recorriendo como un proscrito país tras país...»

* * *

Uno de los principales puntos que aborda Benjamín Jarnés es el relacionado con las teorías freudianas que abundan en las obras de Zweig. Su biógrafo asegura que «todo lo manchan». «Da pena—dice—ver a ese niño, a Edgardo de «Primeras Experiencias» elaborado según «el último modelo de Freud» dedicado a investigar ese «oscuro problema». Edgardo no es, sin duda, un modelo de niño. Sin embargo, es como muchos, tal vez como la mayoría. Pocos son los niños que llegados a la pubertad y sintiendo bullir en su ser las fuerzas de la vida, no se dedican a investigar, a discutir entre ellos el misterioso problema de la reproducción. Por supuesto que hay niños cuya inteligencia, como aguas de un mar excesivamente tranquilo, sólo despiertan cuando algún amigo de buena voluntad les ahorra este trabajo de investigación que atrae con fuerza magnética; ¡cuánto más fatales son a veces estos casos...! Es como cuando estamos en tinieblas y nos dirigen, de súbito, a los ojos la encandorada luz de una linterna. Y al describir a Edgardo como un «hijo de familia opulenta» Zweig lo hace del mismo modo como hubiera podido pintar a cualquier chico rico o pobre; los instintos en el hombre no son privilegio de tal o cual clase, sobre todos los sexuales que en los niños desde pequeños se mani-

fiestan por reacciones determinadas. Bien sabemos que las teorías de Freud se abren paso día a día con la propia fuerza de la verdad que contienen. Alguna vez se tachó al gran psicoanalista de inmoral y se le combatió furiosamente. Hoy, debemos dar gracias a su valentía que hizo caso omiso de críticas, muchas veces nacidas de la envidia. De esta manera, los personajes «freudianos» de Zweig no manchan su obra, sino que, por el contrario, nos facilitan a través de admirables relatos la comprensión de las teorías de su insigne compatriota.

Si hay algo que verdaderamente «da pena y mancha» la obra de un escritor es el naturalismo. En «Vida y Muerte de Nadie», novela de Benjamín Jarnés, lo hallamos en forma bien poco grata. Arturo y Rebeca, dos amantes—amantes puramente carnales—efectúan una de sus frecuentes y ya aburridoras cópulas. Después del fugaz instante de placer, el autor dice refiriéndose a Arturo: «Vacío de su propia sensualidad, en el clarividente estado del hombre que se ha dejado arrebatarse su parte de elementos cósmicos, libre y ágil, en ese estado de deleite mental—el supremo—sigue a toda amputación de un sobrante de materia...» ¿Puede haber gracia en una explicación tan estética que rebasa los límites del realismo? Ninguna. Aunque la verdad llegue hasta nosotros vaga—como toda la obra—disfrazada, envuelta en delicados términos,

* * *

Una de las novelas que más éxito ha obtenido este último tiempo es, sin duda, «Impaciencia del Corazón», un magnífico relato psicológico que se lee de una vez manteniendo al lector en constante tensión, a pesar de lo que dice Jarnés: «... novela larga, tan llena de detalles, minuciosa hasta la exasperación». Leo y releo una por una todas las líneas de esta descomunal obra y en ninguna parte encuentro esa «minuciosidad» que exaspera y que en buen castellano significa aburrir. Verda-

deramente, si «Impaciencia del Corazón» es minuciosa, la obra cumbre de Ciro Alegría, de Hemingway o de Tomás Mann son excelentes remedios contra el insomnio... En términos parecidos se expresa de «María Estuardo»; «Confesamos que si el duro deber—un oficio—no nos hubiese impedido hacerlo, nos habríamos saltado páginas y páginas de esta biografía tan excesivamente «interpretada». Los grandes críticos, el gran público no comparten precisamente la opinión de don Benjamín Jarnés. Por otra parte, hasta el mismo Zweig condena el exceso de detalles: «Me irrita todo lo innecesariamente moroso de una novela, una biografía...» ¿Cómo podría caer entonces, en un defecto que él repudia y siempre ha evitado...?

Aunque el célebre escritor fué en lo político un quimérico, en la trama de sus obras siempre se ajustó a la realidad, muchas veces agria, como en el problema homosexual. En «Impaciencia del Corazón», Edith, pobre niña inválida se enamora de un apuesto oficial. Cierta tarde, después de una curiosa disputa, sintiéndose enferma se hace conducir hasta su lecho. Edith, ya en la cama llama al joven a su habitación y se reconcilian. Al despedirse ella le ruega con los labios temblorosos: «A una niña obediente se le da un beso de buenas noches». El oficial titubea: al fin vuelve sobre sus pasos y estampa un paternal beso en la frente de Edith. Pero ella, bruscamente, lo atrae hacia sí y lo besa frenéticamente en los labios. El, adivinando las tormentas que agitan el alma de la niña, se espanta—reacción lógica—. Entonces, huye, quiere matarse. La vista de aquél cuerpecito informe, contrahecho, que desea, precisamente, su cuerpo lleno de vida, perfecto, lo subleva. Realidad, realidad abrumadora hay en esa escena. Quizás algún sentimental desearía ver al gallardo húsar convertido en novio de la inválida, llevándola hasta el altar, Por supuesto que ella haría la entrada a la iglesia en un chirriante sillón de ruedas... No, no era Antonio de esos casos tan extraños de generoso sacrificio. El se condolió, tuvo compasión de la pobre lisiada y hasta

le prodigó atenciones. Era sólo impaciencia del corazón que ante la brutal reacción de la joven dejó paso al egoísmo. Esta obra es una de las que tiene más realismo. Y el contrapunto de lo real: lo teórico y metafísico es, por lo demás, inasequible para Zweig. El mismo lo confiesa en su «Autobiografía». Así, nos quedamos asombrados al verla tildada de poco real.

Como nos asombramos también de que se atacara «Confusión de Sentimientos», otra de sus novelas, en donde nos parece estar asistiendo al desarrollo de la trama; una espantosa lucha de sentimientos en el alma del profesor, triste caso de homosexualismo. Por tener Stefan Zweig la osadía de tocar este problema tan escabroso, Benjamín Jarnés lo compadece. Nada más equivocado. El «Viajero psicólogo», escribió lo que otros no se han atrevido hacer, problema que otros—aunque les tiende—rehuyen por cobardía, por temor de que a ellos mismos se les tache de homosexuales. El genial biógrafo tocó un problema que tanto en Chile como en otros países produce serias preocupaciones a los gobernantes. Ya en Alemania lo fué a raíz de la Guerra Mundial: «Ni aún la Roma de Suetonio—dice Zweig—había conocido orgías comparables a los bailes de invertidos de Berlín...» Delatando a la luz pública la malsana inclinación de estos individuos ¿no se consigue, acaso, amedrentarles algo? ¿No es mejor hacerles ver que se les conoce, que se sabe de todas sus fétidas maquinaciones en el seno de la sociedad? Presumo que se obtiene una disminución,—tal vez pequeña; pero no menos benéfica—de estos verdaderos «casos patológicos». En resumen Stefan Zweig con su valiente libro «Confusión de Sentimientos» ha hecho un marcado beneficio.

Y no se crea que no sabe tratar el verdadero amor: «Carta de una desconocida», «Veinticuatro horas de la vida de una mujer» nos darían el más rotundo mentís. Sin embargo, Benjamín Jarnés piensa que el célebre escritor no conoció ni ha sabido interpretar, en sus libros el verdadero amor. La misma vida y muerte de Zweig son una negación tácita a esta afirma-

ción. ¿Si no hubiera amado a la que fué su mujer se habría suicidado junto con ella? ¿Si la esposa del gran novelista no lo hubiese querido con todas las fuerzas de su ser se habría prestado gustosa a acompañarlo en su último viaje, en su viaje sin retorno...?

Pero Jarnés, va mucho más lejos aún: Llega a sospechar de la hombría, de la virilidad del biógrafo vienés. «¿Por qué—dice—tantos de los jóvenes que aparecen en las novelas de Zweig son tan bellos como Apolo...?» Y más abajo con venenosa malicia agrega: «¿Por qué se habla en sus libros—por ejemplo en «Amok» — de un oficial «puro y tierno?». Estas atrevidas y mordaces preguntas no merecen contestación. El mismo Solitario de Salzburgo se habría reído de ellas. Pero echarlas a correr hoy que él está silencioso, nos hace lamentarlo doblemente. Toda crítica, más aún: toda biografía tiene su límite, sobre todo cuando se refiere a un hombre de la talla de Stefan Zweig, del que hay que hablar, como se dijo de Dostowievsky «con la cabeza descubierta y la frente inclinada».

* * *

Más adelante, Benjamín Jarnés exclama con extraordinaria suficiencia; «Si tendía entonces (se refiere a la juventud del inolvidable escritor austríaco) a la labor poética y teatral, vemos que en los dos terrenos quedó obscurecido». Me parece que, por lo menos la segunda afirmación, es injusta.

Desde muy joven sus trabajos eran cotizados en la prensa vienesa y en algunas revistas. ¿Acaso en el campo teatral sus obras «Jeremías» y «Volpone» no significaron un rotundo éxito? ¿Acaso sus dramas no fueron solicitados por las mejores empresas teatrales europeas para ser representados por lo más selecto de los artistas europeos? En este punto es necesario recordar algunos hechos en la vida del gran biógrafo que explican, sin la menor duda, su alejamiento del campo teatral. Es un

factor que bien podríamos llamar psicológico: el supersticioso. Serán pocos los que estén exentos de caer en él, teniendo un exceso de sensibilidad. Contaba Stefan Zweig sólo veintiséis años cuando recibió una proposición del Teatro Real de Berlín, para representar un drama suyo en versos: «Tersites». El papel de Aquiles lo encarnaría Adalberto Matkowsky, el más grande actor en aquella época, de todo el Imperio Alemán. «Una carrera dramática incomparable parecía abrirse ante mí, que nunca la había ansiado» dice el entonces novel escritor. Pero pocos días antes del estreno, Matkowsky enfermó repentinamente y murió. «Mis versos fueron los últimos que pronunciaron sus labios»—agrega con cierto natural orgullo el célebre escritor austríaco. Algún tiempo después, José Kainz, primer actor vienés le encomienda la confección de una obra, especial para él, que sería estrenada en el *Burgtheater* de Viena. Lo que no llegó a suceder jamás, pues Kainz, atacado de un cáncer incurable dejó de existir antes de ver cumplidos sus deseos. Ante esta extraña mala suerte Zweig exclama: «El hecho de que los dos más grandes actores de Alemania hubieran fallecido mientras recitaban mis versos en los ensayos, me tornó,— no me avergüenza confesarlo—supersticioso». Pero la maldición que parecía pesar sobre las obras dramáticas del famoso novelista no terminó ahí. Alfredo Barón Berger, afamado director teatral que se había reservado la dirección personal de «La casa junto al mar» moría poco antes que empezaran los ensayos. Ya Zweig debe haber pensado seriamente en abandonar toda la idea relacionada con las tablas. Sin embargo, muchos años después, cuando Moissi, el celebrado actor italiano, le solicitaba—como un favor especial—verter al alemán una obra de Pirandello en la que él tomaría el papel principal—no pudo negarse. «Al cabo de un cuarto de siglo se repitió con similitud fantástica el mismo suceso». A Moissi lo cogió una fuerte gripe. Días después—agrega Zweig profundamente emocionado — asistí como en el caso de Kainz a un entierro en vez de un ensayo». ¿Es posible que

tan extraordinarias coincidencias no afectaran al malogrado escritor? Una casualidad que, no obstante, parecía un claro anuncio del destino de cambiar de ruta «influyó—dice él mismo—de una manera decisiva sobre el rumbo de mi vida». Sabedor, además, que era un magnífico, aunque delicado, receptáculo para toda clase de sensaciones fuertes, cuyas vibraciones lo hacían tambalear, prefirió alejarse, huir de ellas. Así, las palabras de Benjamín Jarnés se desmoronan bajo su propia inconsistencia.

* * *

Hoy, que en todos los idiomas y en todos los tonos imaginables se profetiza la unión de los pueblos después de la guerra en una especie de confederación, el supernacionalismo de Zweig pasa a estar de actualidad. Desde luego, a él le convenía por su origen judío: raza que bien poco se ha asimilado a las otras. El ilustre escritor prefirió ser «ciudadano del Mundo» soñando con la utopía de una unión suprema en una hermandad mundial, quimera que difícilmente se verá realizada mientras existan los abismos de las razas y las idiosincrasias. Bien lo dice Jarnés de Zweig: «Fué un quimérico». Pero agrega: «Si Europa era su patria verdadera» bien poco podían importarle éstas o aquéllas invasiones o atropellos...». Dice esto a propósito de las amargas lamentaciones del escritor austríaco: «He tenido que abandonarla (Viena) como un criminal...». Las palabras del autor de «Cumbre Apagada» reflejan una triste ironía, una lamentable e inexplicable ironía. Pero sigamos oyendo al biógrafo del biógrafo más genial: «Espiritualmente la había abandonado con exclusiva antelación...» Yo me pregunto: ¿No estaba el propio espíritu de Zweig en las obras que quedaban tras él en Europa, en la Europa de Hitler y en la que millones de sus lectores tendrían que coger sus obras y echarlas en la pira donde ardía todo lo escrito por «la raza maldita». ¿Como no lamentarse un escritor que, brusca-

mente, pierde lo que más ama: sus millones de lectores, de admiradores que lo estimulaban a seguir superándose, a seguir escribiendo—no en otro idioma—sino en el suyo, el alemán? Una vez más creo que Benjamín Jarnés ha emitido un juicio demasiado precipitado.

... Y seguimos en «Cumbre Apagada» tras la pista de las palabras que aparentemente socavan el prestigio de Zweig. ¡Inútil! tarea! Su nombre, su prestigio y su fama tienen a sus obras como cimientos imperecederos.

«La autobiografía de Zweig—dice Jarnés—como esos abigarrados tapetes de mesa pobre solícitamente elaborados con lindos recortes de diversas telas—aparece compuesta de otras biografías. Rilke le presta un pedazo de la suya. Y Gorky y Verhaeren y Rodin...»

Prosigue la ironía...

Dejamos pasar lo de «mesa pobre»: Si alguna buena biografía de toda una generación se ha escrito alguna vez es, sin duda, la de Stefan Zweig. Lo que es duro soportar es aquello de «lindos recortes de diversas telas», que en realidad no lo son, puesto que forman parte de la vida de Zweig. Un literato siempre irá unido a su obra literaria y se apegará a todos los de su gremio. Más aún, si como el insigne escritor vienés mantiene grandes y profundas amistades: la de Verhaeren, la de Romain Rolland, la de Rilke que lentamente se asimilan a él. ¿Cómo exigirle que no hable de ellas, que no las nombre siquiera? Sería arrancarle un trozo de su propia vida. ¿Qué es, entonces, lo que desea el novelista español? ¿Qué Zweig hubiera relatado sus intimidades, sus problemas domésticos? En ese caso habría desaparecido del gran biógrafo lo genial, de cumbre literaria que tenía, pasando a ser la autobiografía de un ciudadano cualquiera. Creo adivinar el gusto de Benjamín Jarnés: una biografía al estilo de las que se hacen a las estrellas cinematográficas; allí se cuenta lo que les gusta comer, cuál es

el pie que primero ponen en el suelo al levantarse, o bien si mastican o no «schwin-gume»...

* * *

La Guerra Mundial de 1914, que es un reflejo pálido de la actual, tomó completamente desprevenido a Zweig. Todos predecían la hecatombe; pero nadie creía en ella. Cuando alguien puso en duda el aparente pacifismo del Kaiser, el escritor austríaco exclamó bromeando: «¡Tonterías! ¡Que me cuelguen de este farol si los alemanes marchan sobre Bélgica!» Al invadir las tropas alemanas el territorio belga nadie recordó las palabras de Zweig para poder darle satisfacción... Por lo demás, él había regresado a Viena, en donde estuvo un corto tiempo prestando servicios especiales al ejército. Luego, marchó a Suiza. Prefería estar lejos de aquella locura que amenazaba trastocarlo todo. Su espíritu apacible, habituado a la dulce tranquilidad de su refugio en Salzburgo, se atormentaba, se inquietaba, tratando en vano de explicarse el porqué de aquella catástrofe. Y encontró un lugar que, a pesar de hallarse en medio de los países en guerra, era un incomparable oasis de paz. ¡Extraña paradoja la de ese pueblo feliz que gracias a la clara visión de sus gobernantes, se ha mantenido firme al borde del abismo! Sólo ahí, en Rüslikon, a pocos kilómetros de Zurich y en la soledad de su retiro comienza a escribir, a escribir contra la guerra, contra esa matanza incomprensible. Sin duda, todos los hombres caídos hasta entonces lo vigilaron en sus momentos de inspiración, evitando que se desvaneciera el soplo divino que lo instó a escribir «Jeremías» y tantos trabajos contra la guerra; los mismos trabajos que Jarnés tacha de tibios o de débiles «rasgueos de arpa». Nosotros creemos lo contrario y más aún; fuera de continuar en plena lucha la obra de la Baronesa de Sutner, hizo prodigios de astucia, de inteligencia para que la censura austríaca—ya que sus trabajos se publicaban en los

diarios vieneses—no silenciara su voz. ¿Es posible olvidarse de que todo lo que, en aquellos años de 1914 al 18, se escribía en las naciones beligerantes no era más que para azuzar los perros del odio? ¿Que todo lo no relacionado con eso era indiferente a la prensa, sobre todo a la de los países militaristas, como Austria-Hungría? En esas circunstancias, una sola palabra a favor de la paz era una audacia inconcebible. Stefan Sweig escribió algo más de una palabra: publicó libros y artículos. Estos últimos tenían que disfrazar en la mejor forma posible su objetivo: combatir la guerra que diezmaba—como hoy—las juventudes europeas. Si así no lo hubiese hecho, sus palabras jamás habrían visto la luz. De este modo, ¡qué extrañas suenan las interrogaciones de Benjamín Jarnés: «¿Por qué no condenar—abiertamente—al sector enemigo, al amante de la guerra?».

Más adelante el escritor español critica el aislamiento de Zweig, que ya hemos explicado. Dice que «el desarraigo es siempre egoísmo, cuando no francamente cobardía». Aquí el biógrafo del ilustre novelista austríaco va mucho más allá de la ironía. Llega a ser grosero, condición, que por lo demás él mismo reconoce: «Ese gesto suficiente, tan de escéptico «de ocasión» de instalarse en regiones aquilinas, a igual distancia de ambos combatientes *hay que borrarlo a insulto limpio*». Esto ya rebalsa los límites del respeto que se le debe, por lo menos, a «la cumbre apagada», al genio literario que yace mudo eternamente bajo unas frías losas en Petrópolis, «C'est trop fort», como dicen los franceses. Pero dejemos al mismo Zweig replicarle: «... al que luchaba contra la guerra de cuyo dolor no participaba se le acusaba de traidor. Era la misma horda, la horda eterna a través de los tiempos, *la que tildaba a los prudentes de cobardes, a los humanos de débiles...*»

Stefan Zweig era como muchos escritores de sentimientos puros y elevados, un gran idealista. No olvidemos que soñaba con una unión de todos los hombres en una hermandad en el bien. De este modo, cuando en plena conflagración se encontró

en Suiza con literatos franceses, ingleses, rusos; antiguos amigos como Rolland y Masereel, entonces transformados en «enemigos», juntóse a todos ellos y—cosa extraña—pudieron conversar tranquilamente, sin lanzarse los unos sobre los otros, de artes, ciencias, literatura... y de la paz ¡la anhelada Paz! Este curioso grupo siguió reuniéndose durante toda la guerra, para dar al mundo un ejemplo gráfico de que los hombres son hermanos y que ante Dios, la matanza obligatoria será siempre un asesinato, aunque venga respaldada por una «Declaración de Guerra».

Por eso, creo que el biógrafo de todos los tiempos tuvo audacia y talento. Si la Humanidad no aprovechó la lección no fué culpa de él, como tampoco Berta de Sutner tuvo culpa alguna de que los hombres ensordecieran ante sus profecías; pero no ante sus mutuas provocaciones.

Y si Benjamín Jarnés insiste en que Zweig fué un cobarde y «recibió una lección de valentía» al suicidarse, me permito hacerle estos dos razonamientos que sólo me dicta la lógica: ¿Puede un hombre que ha sido timorato toda su vida recibir suicidándose una lección de valentía? No hay duda que la lección no la recibe, sino que se la da a sí mismo. Y siendo así ¿como puede darse una lección de valentía un individuo cobarde? El cobarde siempre será cobarde, como el envidioso será siempre envidioso.

Segunda lógica: Dejando a un lado (y este es un detalle importantísimo) el punto de vista ético-religioso. ¿no es acaso un acto de valentía el suicidio? Si lo es, si Zweig tuvo la valentía de quitarse la vida, pudo haber sido valiente en cualquier momento de su existencia. Estoy seguro, que si la muerte del escritor austríaco hubiera evitado la primera guerra mundial, gustoso habría puesto su pecho ante la boca de los cañones.

Hoy, que la Humanidad se halla hundida en la locura con mil veces más bríos homicidas que antes, la muerte de Zweig

aparece con la visión del genio que nos vió chapotear en sangre, adivinando que algún día nos ahogaríamos en ella. Demasiado pronto se ha hecho realidad su triste presentimiento...» Aquel motivo lo indujo a eliminarse. El siempre sintió repulsión por los fraticidas.

«Su sacrificio fué en holocausto ¿a qué dios?», pregunta Benjamín Jarnés.

Yo le respondo:

Al Dios de la Paz.

* * *

Por último, y entre los puntos que he creído de interés rebatir, Benjamín Jarnés asegura que Zweig, como mucha gente, ha contribuído a eliminar del mundo la alegría. Los dramas de Stefan Zweig, como los de Andreiev no han hecho perder el humor a nadie. Por el contrario, han puesto sobre aviso, han ejemplarizado.

¿Qué entiende Jarnés por alegría, si al finalizar determinado capítulo uno de los personajes que hace intervenir en el diálogo exclama: «...nos aguarda una pequeña alegría, porque me han regalado una botella...?» Si no es la alegría de la borrachera, yo no sé de otra alegría producto del alcohol...

Así pues, el distinguido escritor español niega todo a Zweig: alegría, gracia, poesía y hasta imaginación, cuando dice: «...por incapacidad de crear héroes los tomó ya hechos de la historia». Me parece que esta «incapacidad» bien podría atribuirse a todos los biógrafos... y hasta el mismo biógrafo de Zweig.

Aunque reconocemos los méritos y cualidades del autor de «Sor Patrocinio», «Vasco de Quiroga», etc., no creemos que se llegue jamás a superar la brillantez de estilo y concepción de quien revivió tan magníficamente a Fouché, María Antonieta, Castellio, Dotoiewsky, Tolstoy, Magallanes, Balzac y tantas otras figuras.

Para no cansar al lector no sigo rebatiendo a don Benjamín Jarnés las injustas afirmaciones que contra Stefan Zweig reparte profusamente a través de 253 páginas. Creo, sin embargo, haber cumplido siquiera a medias un deber que me imponía la Voz de la Verdad, de la que el inolvidable biógrafo austríaco fué celoso guardador. He cumplido este deseo. Y digo «este», ya que acaricio también otro que no tengo por qué callar: el de vivir algún día la dicha de doblar mi rodilla y meditar sobre la tumba que en Petrópolis guarda los restos de uno de los más grandes maestros de la literatura contemporánea.

Mayo de 1943.